

villas de la naturaleza, una demostración indirecta de la existencia de Dios), el relato de los tristes amores de dos niños, maravillosamente enternecedores de inocencia, en la alcoba verde de una isla de los trópicos. Esto acontecía en 1789, año famoso para el idilio y para la Revolución.

¡Qué momento en la cultura de Europa! Doblemente, la historia de la literatura y de las ciencias han guardado rastros de lo que pudo ser aquella commoción profunda, extendida a todas las capas de la sociedad. Hubo en la difusión algo de contagio y delirio. Las mujeres enloquecieron en esta narración de sencillez y ternura. Gustaron letrados y amigos de las letras de aquel estilo muelle, alternativamente cruzado por impetuosos ardores y por languideces sabrosas. Para los mismos sabios, parecieron abrirse perspectivas muy gratas; y el valor atribuido a las descripciones botánicas contenidas en la novela fué tan grande que pudo poco después llevar al autor a la academia de Ciencias y a la dirección del Jardín de Plantas, de París. Todo el mundo se embriagó en aquellos licores de amor y de paisaje, de pureza virgen, de infancia mórbida. Todo el mundo derramó lágrimas dulcísimas, ante el infortunio de los tientos amantes. Las madres bautizaron, por mucho tiempo, a sus recién nacidos con el nombre de Pablo o bien el de Virginia. El pintor Horacio Vernet encontró en esa lectura el secreto del sentimiento de paisaje. La encantadora condesa d'Egmont sintió nacer en su pecho una vocación imprevista de vida salvaje y de soledad. Las mismas almas que, menos dispuestas o más frías, resistieran a la predicación filosófica de Juan Jacobo, viéronse por fin vencidas, del lado del corazón, ante esa prédica, más disimulada y, a la vez, más acequible, que no empleaba por instrumentos de demostración otras armas que la turbación morosa de una historia sentimental y el halago acústico de una prosa columpiada.

¿Cómo la sociedad pulida que aun se acordaba de Racine, podía resistir a la sutilísima corrupción, traída por tan intensa sacudida literaria, a la cultura del mundo?—Berenice había bebido sus lágrimas, bajo el dominio del imperativo clásico de la decorosa conveniencia; Fedra regulaba en la decencia los latidos que desordenara la pasión... Pero alivia más al pecho atribulado que corran, fluentes, la lágrimas. Y el barroquismo, que iba ya tornándose romanticismo, recogió y adoró, como reciente, con todo el poder de lo eterno, el grupo delicioso de Pablo y Virginia, de las dos madres viudas y de los buenos negros, mecidos en los brazos del propio dolor, en la cuna de una naturaleza cálida, bajo

un dosel de pomposas palmeras y de meteoros...

Un nuevo remanso en la corriente nostálgica reflejaba ahora la no cerrada limpidez de cielos azules y lejanos. Una nueva versión del Paraíso perdido había sido inventada, para alta embriaguez y para incurable melancolía de los hombres.

CAMPER Y BLUMENBACH

Si Bernardin de Saint-Pierre era además botánico, Camper, el antropólogo, se preció de filósofo y de artista también. La historia de las ciencias conoce a una generación de naturalistas que tradujo un día a su manera las inquietudes de la idealidad barroca. Después de los Buffon y los Linneo, decoradores y clasificadores de la naturaleza, guarda paseos sublimes, pedagogos y enderezadores de flores, y troncos, aplicadores pacientes de rótulos a cada ejemplar, un Camper o un Blumenbach son hombres del mismo momento que Rousseau, con parecida actitud a la de él ante la vida; turbados hondamente por la variedad, atentos, no sin cierta oscura preocupación y estremecimiento, a todo lo que es primitivo y salvaje—soñadores de la libertad del jardín inglés, contra la académica policía de los huertos botánicos.

Camper y Blumenbach fueron los primeros en hablar de *razas humanas*, en el sentido moderno de la expresión. En rigor, hasta ellos, el tema había permanecido casi intacto. Buffon todavía no consideraba en las razas sino diferencias de color. Y aun la razón de esas diferencias y su calidad pigmentaria no fueron hasta Blumenbach conocidas. En otro aspecto, Camper fué el primero en precisar seriamente las relaciones y diferencias de estructura entre el hombre y el mono. Es

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo..... Precio \$ 2.50
Simpatías y Diferencias (Tres series). Precio de cada serie » 2.50

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

tudio verdaderamente fecundo, no sólo en consecuencias científicas, sino en cambios de la cultura en general.

Como en la política, en estas revoluciones científicas, la fuerza extrema empuja a las fuerzas intermediarias a ocupar lugar dentro de la legalización de lo establecido. A través de la obra de Camper, el mono *empuja* a todas las razas inferiores de hombres a entrar por derecho propio dentro de una noción más amplia, más comprensiva, más simpática, de humanidad.

Era este Blumenbach, por otra parte, un espíritu muy curioso. Nadie antes que él había mirado con simpatía al *ornitorinco*, la bestezuela extraña que lleva su osadía hasta el punto de burlar, con el ejemplo de su propia estructura, la rigidez de la clasificación zoológica, la separación dicotómica de caracteres entre mamíferos y aves. En el majestuoso *Systema Naturae*, de Linneo, donde la sinopsis de la creación aparece apaisada en unas cuantas páginas y con tanto aplomo, el gran clasificador diríase que nos aparece como personalmente molestado por la existencia de algunos animalucos—así el murciélago, así la ballena, así el ornitorinco—que se empeñan en escapar a la perfección de las bellas simetrías distributorias; y, como para castigarles, les encerró a todos juntos junto al ángulo inferior e interior de una de las grandes páginas en folio del *Systema* (tengo a la vista la reproducción, hecha hace algunos años por la Universidad de Upsala, de la edición original), como quien encierra en una jaula, en un cuadro tipográficamente delimitado por el contorno de un doble filete, en contraste con la abierta liberalidad de las llaves sinópticas en que los seres mejor educados se agrupaban; y puso allí, a manera de un rótulo infamante, la inscripción *Paradoxa*... Blumenbach adivinó que no había tal paradoja. Su simpatía se extendió y dejó absueltas a esas extravagantes criaturas del Señor. Adivinó—descubrimiento profundamente romántico—que la *extravagancia* no era una simple *vagancia*, sino una *gravedad* hacia un centro distinto que el acostumbrado y ordinario. Gran equivocación, considerat siempre ligero al no atraído por lo que a nosotros nos atrae. Gran impiedad, juzgar fuera de ley a quien obedece una ley distinta de la nuestra.

El día en que Blumenbach abrió su jaula simbólica al pobre ornitorinco, ya era de esperar que se abrirían paralelamente jaulas más materiales. El médico Pinel, la del pobre loco de la Salpetrière. El barón de Beccaria, la del pobre recluso de los *plomos* italianos.

EUGENIO D'ORS.

(A. B. C. Madrid).